



# OPINAR SOBRE EL OPINAR

CARMEN VARELA

BIBLIOTECARIA

Cuando los argumentos que se usan para opinar sobre algo son deducciones simplistas de experiencias propias, que se quieren defender como universales, el debate con otras opiniones e ideas es tan infructuoso como agotador.

El otro día, de tertulia con unos amigos, uno dijo: "Mi jefe sabe de todo, opina sobre todo, mete baza en todo y sienta cátedra en todo". El tono de mi amigo era de hartazgo. Y siguió: "A fuerza de verle meter la pata y equivocarse, ya casi no doy crédito a nada de lo que dice".

Y otro amigo presente replicó: "Generalmente, la gente que opina de todo y sabe de todo, es la que

menos sabe y la que debería estar más callada".

Por supuesto, esto no son más que dos opiniones, de dos amigos.

*Opino que...* es una expresión hoy muy usada. La podemos encontrar por escrito en miles de sitios, y escuchar en miles de lugares y en miles de conversaciones.

Recuerdo que cuando yo era muy niña estaba más de moda la expresión *Pienso que...*, y recuerdo el comentario de mi abuelo ante un hombre que en la tele estaba diciendo *Yo pienso que...*, (no lo olvidé porque me hizo mucha gracia): "Si ya lo está diciendo, ya no lo piensa, lo cree".

El caso es que, a veces, sea con una expresión (*pienso que...*) sea con otra (*opino que...*), los términos son equívocos, porque cuando se dice que se está opinando sobre algo, en realidad lo que se está haciendo es pontificando, decretando, diagnosticando, juzgando, imponiendo... Con lo que el diálogo, que debería ser consustancial a toda acción de opinar, queda automáticamente descartado.

Es llamativo como se *opina* hoy de todo cayendo con alguna frecuencia en esto que se decía en el párrafo anterior. Realmente, ¿tanto sabemos de todo?

Es corriente encontrar en foros de debate, en artículos periodísticos, en publicaciones pseudocientíficas, en conversaciones amistosas, en consejos y recetas a pie de calle, en los medios de comunicación (¿o ya, a veces, meros medios de opi-

nión?)... actitudes a la hora de opinar sobre un tema que son algo así como un lanzarse irresponsablemente a la piscina, sin preocuparse antes, por lo menos, de tantear alguna de estas alternativas: estar informado sobre el tema del que se va a opinar, contrastarlo previamente o simultáneamente con otras opiniones, intentar aplicar tantos focos como posibles perspectivas haya del tema, tomar distancia y objetivar lo más posible...

Pero decía una tía abuela mía muy salerosa: "¡Pues anda que si hasta para hablar hay que pensar...!", y lo decía en ese tono de "sería el acabose".

*Opinar* supone, creo yo (y valga la ironía), una dosis de conocimiento y de prudencia, y una cierta capacidad de autocritica.

Por supuesto que hay temas y temas, y cualquier persona sabe discriminarlos bien. No es lo mismo *opinar* sobre dónde podemos comer en un día de excursión, que *opinar* sobre genética. Ni es lo mismo *opinar* sobre qué traje nos queda mejor, que *opinar* sobre cómo reformar la educación. Y tampoco es lo mismo *opinar* sobre la calidad de una cosa, persona o acción, que *opinar* sobre el régimen alimenticio de una alguien.

Cuando se opina, en tantos y tantos temas, sin fundamento, el resultado puede ser que el tema sobre el que se opina acabe falseado, confuso, incompleto, parcial...

Cuando los argumentos que se usan para opinar sobre algo son deducciones simplistas de experiencias propias, que se quieren defender como universales, el debate con otras opiniones e ideas es tan infructuoso como agotador.

En mi opinión (de nuevo, valga la ironía), para opinar es indispensable una cosa: humildad. Que, creo yo, (y seguimos con la ironía), significa: reconocer que no se sabe todo, desear aprender más, admitir que se puede estar equivocado, estar dispuesto a modificar y querer escuchar más que hablar.

Samuel Johnson opinó una vez que la sabiduría consiste no tanto en poseer el conocimiento absoluto de todo como en saber buscar lo que uno aún no conoce.

Pero, a fin de cuentas, este artículo no pasa de ser una opinión.■